

Carolina Sanín, *Somos luces abismales*

Bogotá, Penquín Random House, 2019

Meditaciones acerca de la existencia del ser humano, no desde la abstracción del ser, sino desde la mirada poética y filosófica sobre la vida concreta, esa que nos vuelve parte de una naturaleza que compartimos con otros seres vivos.

Empecemos con el nombre de la autora. En la meditación “Nombres y ríos”, de *Somos luces abismales*, el punto de partida es un hecho, aparentemente superficial: Carolina Sanín descubre que ella se ha convertido en el nombre por descifrar de un crucigrama en *El Espectador*, bajo la pista: “Sanín, escritora”.

Yo digo “Carolina Sanín”, y estoy diciendo: «Es autora de varios libros. Leí su novela *Los niños* (2014) y me provocó un estremecimiento intenso: esa búsqueda del origen, de la infancia perdida, del horror que provoca aquello que altera lo cotidiano; y ese lenguaje sutil, sustantivo, sugerente siempre. Y es una tuitera que trina con solvencia crítica y soberbio desparpajo».

A partir de esa presencia en el crucigrama, la autora indaga so-

bre su nombre, sobre su abuelo Felipe, a quien le envía una carta que termina diciendo: «En lugar de quemar los nombres de las cosas con las que aún quiero que estés, los mando por agua con el lector, que no sé si sea el mensaje-ro, o si sea, él mismo, ese otro lado donde me figuro que me lees».

En la primera meditación, “El sosiego”, la voz autoral convierte en su interlocutora a su perra, a la que nomina *Ánima*, aunque en realidad se llama *Dalia*, que, realmente, es *Ánima*, y así. «Arriba, a la izquierda, está esculpido san Dionisio. Me digo que ese hombre, que lleva sobre el pecho su cabeza, es mi patrón: el polo al que me mueve la necesidad; lo que nunca he podido ser (¿o a lo mejor he podido por un instante?). Mi santo: lo ajeno a mis acciones. Mi antípoda. Mi realidad». Caminamos con la autora en su viaje a Nuestra Señora de París.

Sanín se pregunta sobre la escritura, sobre el lugar del ser. «Todo está en otra parte», dice. «Uno escribe para saber dónde está. Porque se

da cuenta de que nunca sabe dónde está». En este libro, la espiritualidad está siempre presente.

Pasemos a “Un potro”. «Los animales nos hacemos visibles en el desamparo: somos luces abismales. (Luces abismales: hay una caída larga que es una herida en la tierra, y abajo, entre la bruma, en el fondo —quién sabe si sea el fondo—, brilla una luz pequeña y firme, que concentra. Entonces la bajada es un camino y uno cae para remontarla haciéndose, bajo la luz, visible)».

El potro y nosotros somos animales a los que nos ven en nuestro desamparo.

132 “Nidos y tumbas”: las palomas, aunque parezca obvio, son seres vivos, dueñas de una vida que merece respeto: «Las palomas son corazones de polvo inventados por hombres de gran poder, que ya no están y que no nos conocieron; las hicieron para metérselas dentro del pecho como corazones de varios ritmos». Ver una paloma que muere y hacerle un rito funerario. Parecería una nueva mirada sobre sucesos cotidianos: la vida y la muerte de un ser vivo, siempre dignificadas.

“El pesebre” es una meditación sobre la muerte. Sobre la muerte de una amiga querida. Nuevamente, Sanín parte de la observación de un suceso: «Los muertos acompañan a los muertos en el paso de este año al

siguiente». Y nos da una crónica con meditación sobre un viaje. El pesebre en el que se detiene es el de la iglesia de la Compañía de Jesús, en Quito.

El penúltimo capítulo se titulada “Las Pléyades”. «¿Una palabra está en una oración como una piedra en el pavimento del camino, o está en la oración recorriéndola, como una piedra recorre el camino?». De ahí, Sanín pasa a lo que se llama “parálisis del sueño”, ese estado transitorio entre el sueño y la vigilia en el que la personas está impedida de cualquier movimiento y que genera una angustia profunda. Sanín lo narra como una historia de horror. El verso de William Blake acompaña esta meditación: «Pues todo lo que vive es santo».

El libro finaliza con el texto poético “Composición con héroe”, que devela otra forma de decir, de encender las luces que somos, desde el fondo de nuestra íntima sima; otra manera de alumbrar las sombras que llevamos con nosotros.

Somos luces abismales, de Carolina Sanín, es una bella y lúcida meditación poética sobre lo cotidiano, que es iluminado por el asombro; este azoramiento es provocado por una mirada de inteligente sensibilidad, de sensible inteligencia.

Raúl Vallejo

Universidad de las Artes,
Guayaquil

Raúl Vallejo (Manta, 1959). Licenciado en Letras por la Universidad Católica de Guayaquil. Obtuvo su *Master of Arts* en la University of Maryland, College Park, con una beca Fulbright-Laspau, y su Doctorado en Literatura e Historia, en la Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, cuya tesis mereció *Cum Laude*. Sus más recientes publicaciones son: *Pubis equinoccial* (cuentos, 2013; premio Joaquín Gallegos Lara); *Mística del tabernario* (2015, premio internacional de poesía José Lezama Lima, 2017); *El perpetuo exiliado* (2016, premio internacional de novela Héctor Rojas Herazo 2015; y premio de novela de la Real Academia Española 2018); *Patriotas y amantes. Románticos del siglo XIX en nuestra América* (ensayo, 2017); y *Gabriel(a)* (2019, Premio de novela corta Miguel Donoso Pareja 2018). Más información en: www.raulvallejo.com